

Troyanos en La Mancha: Tradición clásica en la aventura de los rebaños en el Quijote

Jorge Luis PÉREZ REYES
Universidad de Salamanca
jlperezr@usal.es

Resumen: Este trabajo analiza la tradición clásica en la «aventura de los rebaños» del capítulo XVIII de la Primera parte del *Quijote*. Poniendo énfasis en la materia homérica, se revisan puntos comunes como el tratamiento de la locura, presencia de catálogos militares y escenarios exóticos, así como la magnitud referencial de situar troyanos en La Mancha, junto a don Quijote. Se argumenta, en conclusión, que el pasaje constituye una síntesis de la poética cervantina y un conducto a la inmortalidad literaria.

Palabras clave: Cervantes, Homero, Don Quijote, rebaños, catálogo de las naves.

Abstract: This work analyzes the presence of Classical Tradition in *Don Quixote's* «Adventure with a herd of sheep», from *Part One*, Chapter XVIII. With emphasis in the Homeric tradition, it revises common points such as the treatment of madness, presence of military catalogues and exotic scenery, as well as the referential magnitude of situating Trojans in Don Quixote's La Mancha. It argues, in conclusion,

that the passage constitutes a synthesis of Cervantes' poetics and a conduit to literary immortality.

Key words: Cervantes, Homer, Don Quixote, herds, catalogue of ships.

1. INTRODUCCIÓN

En el capítulo XVIII de la Primera parte del *Quijote*, se narra el encuentro que tuvieron el ingenioso hidalgo y Sancho con dos rebaños tras marcharse de la venta. Mientras que el escudero ve claramente que la polvareda se deriva de dos grupos de ovejas y carneros, el hidalgo, por su parte, les atribuye el avance de dos grandes ejércitos, dispuestos para una gran batalla en la que él intervendrá –por su deber de caballero– en defensa de los menesterosos, atacando a las gregarias bestias ante el desconcierto de los pastores. El pasaje, conocido como «la aventura de los rebaños», plasma la común intención cervantina de enfrentar el delirio de su protagonista (provocado por la lectura de los libros de caballería) a inamovibles aspectos de la realidad, con lo cual puede ironizar sobre el género, y proporciona una importante ventana a los niveles más profundos de tradición literaria que subyacen a la novela.

2. LA LOCURA COMO RECURSO NARRATIVO

En su camino hacia el lugar de encuentro, don Quijote y Sancho reviven un suceso reciente de cierta gravedad: han sido humillados en la venta, en especial Sancho, manteado desconsideradamente. Es un episodio negativo que sirve de telón para uno fecundo. Desencantado por el incidente, Sancho se queja ante su amo de su situación. A fin de cuentas, ha dejado su casa obcecado por la esperanza de los grandes triunfos que le promete don Quijote, pero lo único que hasta entonces ha ganado viene a ser en su propio detrimento, y la desilusión comienza a alcanzar peligrosas cuotas:

Y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho. Y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda¹, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen (Cervantes 2007: 155).

Al plantear su escudero el beneficio (real) de abandonar las andanzas caballerescas, pues «todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas» (Cervantes 2007: 155), es necesaria una respuesta (irreal) inmediata que reconduzca la interacción de los protagonistas y con ello el rumbo narrativo. Don Quijote pide «paciencia», y justo antes de que el texto dé paso a los rebaños, reza el hidalgo: «-No temas eso, Sancho (...) que mejor lo hará el cielo contigo» (Cervantes 2007: 156), asociando la fortuna que va a acontecer a un accionar divino, y equiparando al narrador con su cualidad fundacional, primaria, de creador. Cervantes sopla aliento de vida en dos rebaños que van a servir como pretexto para que don Quijote tenga otra aventura, extendiendo la razón de ser de sus andanzas, y para rendir a Sancho engañándolo con un nuevo prospecto de gloria. La intervención de su locura es predecible. Pero no es un enroque enteramente cervantino el aludir a la locura para evitar un conflicto (don Quijote evita que la decepción de Sancho se convierta en total desesperanza), ni el catálogo de fuerzas militares, ni el embestir rebaños, ni las polvaredas, ni siquiera el hecho de que sean rebaños de ovejas.

¹ El problema de los campos abandonados en época de siega por soldados es una constante, además, en los años embrionarios de la República Romana, y una de las razones que, a largo plazo, van a favorecer la formación de luchas sociales entre patricios y plebeyos. Los campesinos-soldados, que regresaban de las guerras con pocas ganancias (si regresaban), encontraban sus domicilios en una situación precaria, teniendo a menudo que someterse al *nexum*. Sancho hace aquí un guiño doble, pues ni cobra mientras está fuera de su hacienda y de la siega, y ni siquiera participa en verdaderos combates.

En el ciclo troyano de la épica griega arcaica, *Áyax*¹ es uno de los principales guerreros. *La Ilíada* de Homero lo presenta como un soldado inferior tan sólo a Aquiles, y que interviene en momentos cruciales del poema, como la muerte del propio Pelida. Precisamente, tras la muerte del principal guerrero argivo, surge un conflicto entre los remanentes por adquirir su preciado armamento, confeccionado por Hefesto. *Áyax*, al sentirse ultrajado por Odiseo, planea un brutal ataque. Por este motivo, Atenea deposita en él la locura y, en lugar de investir a los soldados, ataca a un rebaño de ovejas².

La tradición mitológica griega utiliza a la diosa Atenea como elemento propiciador de la locura de *Áyax*, mientras que en el *Quijote* son los libros de caballería; en ambos casos la locura cumple una función, coincidentemente, de preservación: el ciclo épico conserva a Odiseo, y el *Quijote* conserva a Sancho³. La locura, en ambos casos, permite el avance narrativo con una corrección del «cielo» creador, atribúyase al panteón griego o la Santa Trinidad cristiana.

3. EL CATÁLOGO

La asociación de rebaños a fuerzas militares, bajo esta luz, cuenta en la literatura occidental con una historia tan antigua como la literatura misma. Además de las fuentes griegas, la literatura latina también registra este hecho: Séneca provee en las *Epístolas a Lucilio* la imagen difusa de una polvareda de ovejas confundida con fuerzas militares en avanzada. Pero el recurso de los rebaños, con la abundancia de ovejas y carneros como metáfora de los numerosos soldados de un batallón, facilita el uso de otro elemento de larga tradición en la literatura: el catálogo de los ejércitos.

Don Quijote, toda vez que la Fortuna le ha facilitado la materia prima para concertar los residuos de sus delirantes lecturas, comienza a enumerar los notorios caballeros que, supuestamente, se colocan en el campo de batalla con disposición para el enfrentamiento. Así descu-

¹ Son dos los personajes que con este nombre aparecen en la epopeya homérica. Como el resto del párrafo confirma, se trata aquí de *Áyax el Grande*, hijo de Telamón de Salamis, el más relevante de ambos.

² Sobre el fin de los días de *Áyax* hay discrepancias. Sófocles, por ejemplo, difiere de la variante más divulgada: el guerrero, al volver en sí y ver los frutos de su locura, se quita la vida ofuscado por la vergüenza.

³ Ambos personajes presentan, en un principio, papeles principales pero no imprescindibles, para luego tomar el plano central de las acciones narrativas.

bre al emperador Alifanfarón y a su enemigo Pentapolín del Arremangado Brazo, cuyas diferencias habrán de resolverse por mediación de la espada, entre otros tantos caballeros de cuyos nombres se desprende una curiosa mezcla de referencias reales con cualidades fantásticas. El hidalgo y Sancho se sitúan en un lugar alto desde donde pueden contemplar los ejércitos. Desde allí continúa el recuento de las disímiles fuerzas, numerosas y provenientes de lugares muy diversos: «¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!» (Cervantes 2007: 160).

El pasaje emana la materia de Troya que canta el aedo en la *Iliada*, a tal punto, que Cervantes se atreve incluso a situar a los troyanos en el particular escenario de La Mancha: «-A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que bebían las dulces aguas del famoso Janto¹» (Cervantes 2007: 159), y es, propiamente, una recreación del homérico *Catálogo de las naves*. En el canto II, y desde lo alto de los muros troyanos, se hace un extenso recuento de las naves que, como en un infinito rebaño, pueblan las costas de Asia Menor dispuestas para el más grande combate conocido hasta entonces. Lo que sigue es una lista de las fuerzas tan minuciosa, que incluso para la entrenada memoria de un aedo se ha considerado sistemáticamente una interpolación posterior. En lo que concierne al bando de los argivos, se enumeran 29 contingentes, y de cada uno su lugar de origen, líder y naves enviadas. Antes que Alifanfarón y Pentapolín del Arremangado Brazo, ya estaban Anfímaco y Protesilao, Filoctetes y Toante, y acaso ya como referencias a reinos lejanos de cuya existencia, fecha y veracidad abundaban las dudas.

El *Catálogo* sigue siendo motivo de debate hasta la actualidad por diversas razones. La pesadumbre de la enumeración y el carácter archi-vístico no concuerdan del todo con el resto de la obra (se han planteado influjos externos para este uso, como el archivo que, en el importante Santuario de Delfos, se llevaba de sus visitantes), cohabitan rasgos micénicos y los hallazgos arqueológicos aclaran (o agitan) el misterio de algunos topónimos². Un campo incluso más delicado es el que pisan los especialistas al analizar la inclusión del líder ateniense Menesteo. Sorprende, desde el punto de vista mitológico, su elección por encima del importante personaje fundador de Teseo; y no sorprende en lo absoluto, desde el punto de vista político, si se tiene en cuenta

¹ Río de Troya.

² Vid. Latacz (2003: 300-39).

que, según la tradición, los poemas homéricos fueron puestos por escrito –‘oficializados’– bajo el tirano Pisístrato, a cuyos intereses no convenía la asociación de ciertos rivales a un héroe de raigambre homérica. No es este un caso aislado donde se evalúe el posible papel de la censura, pues uno igualmente polémico, y en grado menos debatible, es la mención de Salamina, que para las fechas de la fijación del texto se encontraba inmersa en un triángulo político que incluía a Atenas y Megara. Estos intereses pudieron tener un papel en la definición (de la forma final, al menos) del *Catálogo de las naves*. Pero los temas que desvelan a ciertos filólogos son frugales para quien pretende, tan sólo, echar mano de un resonante recurso literario de durabilidad probada, y para ello conjuga Cervantes la tradición que le llega a través de los libros de caballería y la Antigüedad clásica en un terreno común: el añejo gusto por la descripción de fuerzas militares.

Si bien se trata de una tradición muy fecunda, no hay dudas sobre su conocimiento directo de las fuentes originales. En la genial novela abundan los personajes históricos y ficticios, las citas reales o elaboradas de autores clásicos, así como las referencias a ideas de la filosofía o ciencia antigua. En cuanto a autores de la literatura griega, se mencionan –directa o indirectamente– Homero, Esopo, Hipócrates, Platón, Demóstenes, Aristóteles, Dioscórides, Plutarco, Ptolomeo, Zoilo y Basilio. Homero es el de mayor presencia, con 6 menciones, y una de ellas corresponde al encuentro de don Quijote con el Caballero del Verde Gabán, que comenta cómo su hijo –arquetipo de estudiante– se sumerge en debates sobre la *Iliada*¹.

4. ESPEJO DE PRÍNCIPES Y CABALLEROS

Aunque son abundantes los indicios para pensar en una influencia directa, genética, del acervo homérico en Cervantes (la *poligénesis* puede descartarse aquí sin muchas dificultades²), es incorrecto pasar por alto la herencia inmediata del *Quijote* y su intención crítica. Cervantes apunta a la Antigüedad clásica, en efecto, pero lo hace en pos de jugar con los preceptos de obras que lo anteceden con muchos menos años.

En las novelas de caballería son abundantes las luchas, a menudo con la oposición del bando cristiano al bando infiel. En este panorama

¹ Vid. López Férez (2005).

² Cf. Laguna Mariscal (1994).

es lógico que abunden las descripciones de ejércitos y guerreros cuyos orígenes se remontan a los más remotos parajes conocidos hasta entonces¹. Como en Homero, tras los nombres exóticos, recreados, que en el caso de Cervantes cataloga Clemencín de «feliz formación de nombres ridículos» (Fontaine 2005: 399) —si bien, según Romo (2004: 370), el origen de algunas metáforas elude a este estudioso—, el autor del *Quijote* apunta a coordenadas reales, impregnadas de la creatividad personal.

Una importante fuente es la que provee el *Espejo de príncipes y caballeros*, producción que conforma un ciclo de libros de caballerías que conoce cinco partes², en el cual se narra partiendo de la vida del emperador Trebacio y sus descendientes. Su objetivo es adquirir fama a través de sus hazañas, y el motivo para la lucha viene de la mano de la defensa del cristianismo y los conflictos políticos. Como sucede en otras obras de relevancia, como el *Amadís de Gaulia* y *Las sergas de Esplandián*, la acción se traslada en dirección a Oriente, hacia una Grecia presentada como el centro del mundo, donde los personajes buscan dejar su huella en la historia con un toque de exotismo e inmortalidad. Es este el espejo en el cual pretende mirarse don Quijote, y del que Cervantes se burla con maestría.

5. TROYANOS EN UN CAMPO DE LA MANCHA

Pero, ¿cómo terminaron los que beben de Ilio en este páramo sin nombre donde los pastores de La Mancha avanzan sin otro afán que el de conducir sus animales a buenos pastos? La aventura de los rebaños es uno de esos portales que Cervantes deposita a lo largo de la novela con los que el lector viaja, indistintamente, entre narraciones clásicas como la Guerra de Troya, el plano de las andanzas de don Quijote y la propia actualidad de la España del Barroco. Los catalizadores serían los troyanos, don Quijote y Sancho, y el propio Cervantes, respectivamente.

Mucho se ha escrito sobre el *yo* narrador de la novela³. Tema tan amplio puede sobrevolarse despejando, al menos, una constante: Cervantes desdobra la voz narradora a lo largo de la obra (Benengeli, el

¹ Algunos de los caballeros mencionados por don Quijote en el episodio evocan localidades como Ceilán, o el sur de Libia —donde, supuestamente, termina la tierra habitable—, cuando ya, a la altura de siglo XVII, las exploraciones de reinos como Portugal y España habían dejado en evidencia esas rácanas cosmologías, provenientes en gran parte de los preceptos de Ptolomeo.

² En realidad, la cuarta parte puede considerarse una subdivisión de la tercera.

³ Cf. González Maestro (2001).

moro traductor, Cervantes, don Quijote) hasta confundir –en el lector– las fronteras de lo real y lo ficticio. Su ensayo metafísico alcanza cimas insospechadas cuando, en la Segunda parte, don Quijote escucha a unos señores emitir un criterio literario sobre la obra misma, a lo que el hidalgo responde con su natural juicio. Ese punto donde Cervantes, acaso movido por la maniobra de Avellaneda, transgrede definitivamente los límites del plano narrativo para situar a su héroe en el presente de su creador, para hacerlo caminar por sus calles e incluso dialogar con la actualidad que –por obligación– lo define incompatible, es anunciado ya en la aventura de los rebaños en un estadio anterior.

Al traer a los troyanos a librar batallas en los campos imaginarios del trasnochado hidalgo, Cervantes enfrenta a su personaje con los más altos escenarios bélicos de la historia, se equipara al propio Homero y lo rebaza cuando, a golpe de pastor, derriba de la nube de su epopeya a don Quijote y lo devuelve al polvo de los rebaños insípidos de la desesperanza.

6. CONCLUSIONES

La aventura de los rebaños constituye un modelo de dinámica narrativa que se repite a lo largo de la obra y que, según Martínez Bonati, «sintetiza prodigiosamente el periplo de todo el libro» (Fontaine 2005: 399). Sus ecos de la tradición clásica, especialmente de Homero, son innegables, al punto de que el capítulo no se sostiene sin la sustancia homérica que reproduce, y las coincidencias trascienden el hecho puntual: a) Ambas obras están divididas en dos partes. b) La aventura de los rebaños aparece en los primeros capítulos de la Primera parte del *Quijote*; el *Catálogo de las naves* aparece en los primeros cantos de la *Iliada*¹. c) Ambos pasajes presentan un catálogo de fuerzas militares, en el caso del *Quijote*, como archivo de caballeros mitológicos de los libros de caballería y, en el caso de la *Iliada*, en palabras de Havelock, una «enciclopedia tribal».

Don Quijote y Sancho persiguen objetivos muy distintos a los de personajes como Aquiles y Áyax. Mientras que los últimos representan un estrato social en busca de unos fines político-económicos muy concretos (al margen de la justificación dramática de Helena como motivo de la guerra), los primeros son herramientas en manos de un autor que pretende la redención por medio de la burla y la risa. Desde las más

¹ Que fungiría aquí como primera parte de una narración mayor: los sucesos de la Guerra de Troya.

inimaginables vicisitudes personales compone su propia epopeya Cervantes a hombros de un señor que tiene todo para no convertirse jamás en héroe: un hidalgo venido a menos, cincuentón, que sobrevive entre lecturas de libros de caballerías al tedio de las aldeas de La Mancha en una época de declive social, en las antípodas de los κλέα ἀνδρῶν y que un buen día pierde la cordura, marchando en busca de aventuras y exponiéndose a peligros mortales por intrascendentes lances. Con este héroe escala Cervantes sus propias murallas de Troya, convoca su personal catálogo de ejércitos, juega a ser Homero, y se confunde tras la polvareda de los rebaños inmortales de la imaginación, dueño de la intemporalidad de su genio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CERVANTES, MIGUEL (2007). *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico. Bogotá: Alfaguara.
- FONTAINE TALAVERA, Arturo (2005). «Quijotadas». *Estudios públicos*, vol. 100, pp. 397-428.
- GONZÁLEZ MAESTRO, Jesús (2001). «Cide Hamete Benengeli y los narradores del *Quijote*». En *Lectures d'une oeuvre. Don Quichotte de Cervantes*. Ed. de Jean Pierre Sánchez. París: Editions du Temps, pp. 96-127.
- LAGUNA MARISCAL, Gabriel (1994). «Literatura comparada y tradición clásica. Quevedo y sus fuentes clásicas». *Anuario de estudios filológicos*, vol. 17, pp. 283-294.
- LATACZ, Joachim (2003). *Troya y Homero: hacia la resolución de un enigma*. Barcelona: Destino.
- LÓPEZ FÉREZ, Juan Antonio (2005). «Datos sobre la tradición clásica en el *Quijote*». En *Con los pies en la tierra. Don Quijote en su marco geográfico e histórico: XII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas (XII-CLAC), Argamasilla de Alba, 6-8 mayo de 2005*. Coord. de Felipe B. Pedraza Jiménez y Rafael González Cañal. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 491-508.
- ROMO FEITO, Fernando (2004). «Dos notas sobre el *Quijote* y la tradición clásica». *Anales cervantinos*, vol. XXXVI, pp. 369-374.